

Piel de mujer, máscara de hombre

Teresa Leonardi Herran

Mujeres, nosotras las “que no inventamos ni la pólvora ni la brújula, las que no domesticamos ni el vapor ni la electricidad, las que no explo-ramos ni los cielos ni los mares, pero sin quienes la tierra no sería la tierra”, nosotras tampoco hemos inventado esta lengua que hablamos. Otros han forjado durante siglos el instrumento que hoy nos sirve para expresarnos, para decir aquello “vedado y reprimido de familia en familia, de mujer en mujer”. Usamos la lengua del dominador, somos conscientes de esta actitud paradójica, nos preocupa que “el amor, como dice Simone de Beauvoir, no tenga el mismo sentido para uno y otro sexo y ello es fuente de graves malentendidos que nos separan”, nos escandaliza que toda palabra tenga dos sexos, uno explícito y el otro aún no desplegado en la riqueza de sus connotaciones potenciales.

Libertad, por ejemplo, en masculino, va de suyo: es Prometeo desafiando a los dioses, es un Icaro del siglo XVIII desafiando la ley de gravedad en la Montgolfière, es la toma de la Bastilla. ¿Qué significa en cambio libertad dicha por una mujer? En ella no hay un pasado prestigioso que blasone esta palabra. Como ésta y casi todas las palabras de la tribu se resemantizarán a partir de una lengua propia, herramienta que forjaremos en la praxis de una existencia auténtica, no heterónoma, arma que redimirá el silencio doloroso de miles de mujeres que no tuvieron ni tienen voz. Dice Alfonsina: “La conquista de la palabra mía cuesta siglos de vencidas mujeres”.

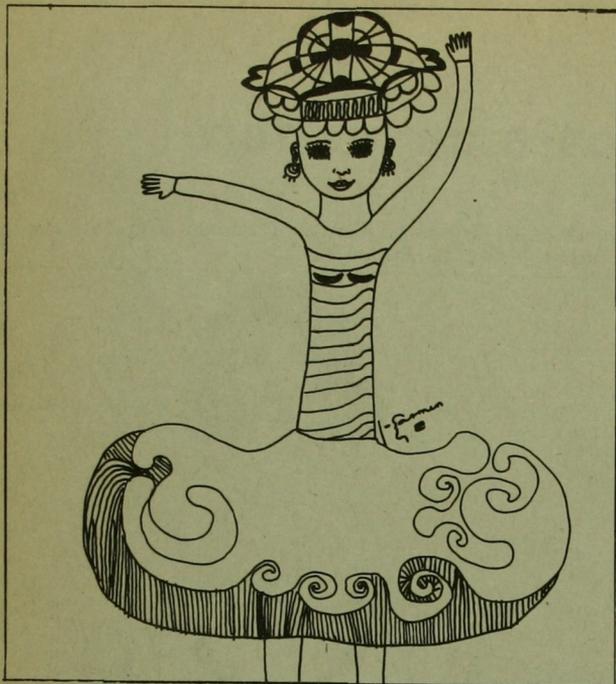
Ni siquiera en mayo de 68 cuando el hombre común, el hombre de la calle se apodera del discurso filosófico, político, poético, la mujer logra hablar y ser escuchada. Es Rossana Rossanda una de las protagonistas la que cuenta: “Una de las características del movimiento de mayo es que la persona se convierte en algo positivo. ¿Todas las personas, hombres o mujeres o sólo hombres? Mi respuesta es que en el 68 esta idea de la persona es básicamente la idea de una persona macho. En el 68 las mujeres hablaron muy poco en las asambleas, aunque participaron mucho”.

No hemos creado aún nuestro propio lenguaje, salvo excepciones, porque aún somos viajeras en esta travesía hacia nosotras mismas, hacia nuestra identidad que pasa necesariamente por la reconquista de

Congreso de Escritoras. Casa de la Provincia de San Luis.
27 de mayo de 1988, Buenos Aires.



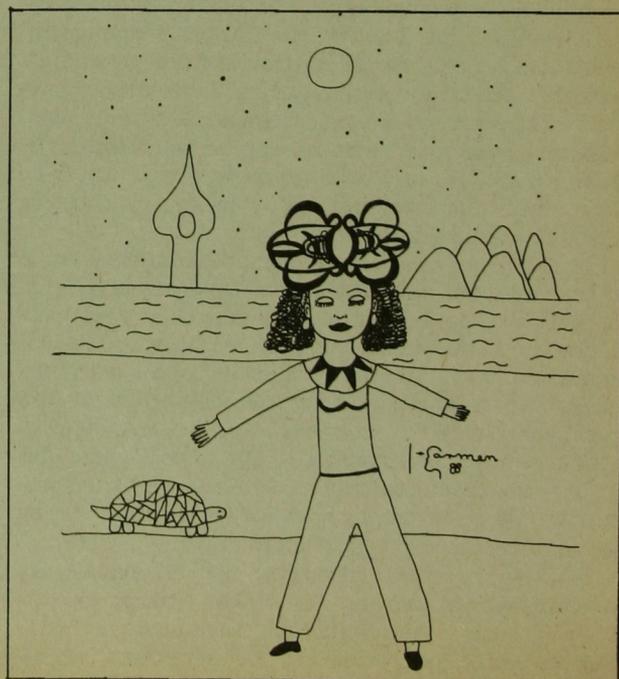
nuestro cuerpo que nos fue confiscado, colonizado, expropiado. Cuando hayamos destruido la máquina de guerra que arrebatamos en la lucha, la máquina del lenguaje imperial, el logos, “inventaremos una palabra que no sea opresiva, una palabra que no asfixie a las otras lenguas, sino que las desate”, una palabra que reconozca y valore la alteridad. Destruir la máquina del logos implica aniquilar en nosotras la mujer que ha sido hablada, explicada, soñada, mutilada, explotada por el hombre. Inventar la lengua en suma es inventarnos a nosotras mismas, es des-centralizarnos, de-construirnos, des-cifrnarnos. En “Sexo y carácter” dice Weininger: “Si se le pregunta qué concepto tiene del propio yo, ella no sabe representarse sino el propio cuerpo”. Pero es justamente este cuerpo el que ha sido colonizado y dicho por el otro. Pensar el cuerpo es pues concebirlo como: carente y envidioso del pene, sucio de menstruación, afeado en el embarazo, asexuado en la menopausia, orgásmico vaginalmente, aterrado ante la inminencia de la vejez que señala el fin del único valor femenino: el de ser un cuerpo-paratrotro, nunca cuerpo-para-sí.



“Toda mujer que quiera poseer una escritura que le sea propia no puede soslayar esta urgencia extraordinaria: inventar a la mujer”, dice Annie Leclerc. Sólo asesinando a la mujer que modeló el hombre podremos acceder a la especificidad de una escritura. Sólo clausurando el reino de la mujer-niña, de la mujer-hada de la casa, de la mujer-diosa del surrealismo, de la mujer virgen o madre del cristianismo, podrá advenir el reino de la mujer-total: obrera, madre, amante, política, la que sí soñó ese feminista llamado Rimbaud “Cuando se haya róto la infinita esclavitud de la mujer, cuando ella viva para ella y por ella, también será poeta”. Inventar a la mujer, ascetismo y purificación de la conciencia alienada, ideologizada, rechazo de disvalores que nos marcaron, como el de desconocernos entre nosotras mismas. Somos las herederas del mutuo desprecio y desconfianza que genera actitudes infraternas entre nosotras. ¿Cuántas de nosotras leemos preferentemente libros escritos por mujeres? ¿Cuántas escritoras merecen la devoción que sí destinamos a los autores hombres? ¿Exigimos que en los jurados de obras literarias haya siempre una mujer al menos o hasta desconfiamos de la calidad del jurado cuando lo integra una mujer? No nos autoculpemos, pero reaccionemos. Si sabemos que “el peso de las generaciones muertas oprime el cerebro de los vivos, incluso mucho tiempo después que las estructuras de una sociedad se hayan transformado” (Marx), tengamos el coraje de asumir que aún nos encorsetamos con horribles miriñaques de dogmas y prejuicios respecto a nosotras mismas. Adrienne Rich señala que

es cuádruple el veneno que nos impide ser nosotras mismas: trivialización del propio valor, creencia en que somos congénitamente incapaces de crear obras notables y valiosas; desprecio por las otras mujeres, esa hostilidad horizontal que aún practicamos en una suerte de canibalismo que nos impide la sororidad, compasión fuera de lugar que responde a la ideología de que somos toda mansedumbre y perdón en cuanto a los otros se refiere, y por último adicción al amor, al sexo, a las drogas, a los estados depresivos como una forma de escapar de la conciencia de nuestra condición desdichada.

El proceso de liberación de la mujer puede homologarse al proceso llevado a cabo por los colonizados. Para analizar este punto recurriré al instrumental teórico-conceptual de Fanon. En un primer momento, la mujer se lanza con avidez sobre los bienes culturales. Se apodera y hace suya la cultura del dominador. Escribe con la perfección y la gracia del que fuera su señor. Cuando en 1979 Marguerite Yourcenar entra en la fortaleza misógina de la Academia de Letras Francesa, no es una mujer la que ingresa por vez primera desde que fuera creada en 1635: es Yourcenar que como lo señalaron todos los críticos, escribe como un hombre. Sus pares la han reconocido, no es ni Simone de Beauvoir ni Helene Cixous la que ha vencido la fortaleza. En un segundo momento surge la negatividad. Período de angustia, de malestar, experiencia de la muerte, experiencia de la náusea. Malestar por no encontrar un lenguaje propio. Cuantas Rimbaud anónimas en este momento





negándose a utilizar palabras que no les pertenecen. En otras, el malestar se traduce en desesperación, suicidio, locura. “Me ordeña la vida” grita Silvia Plath, y Alejandra Pizasknik “he sido toda ofrenda/un puro errar de loba en el bosque en la noche/de los cuerpos/ para decir la palabra inocente”. En un tercer momento comienza a emerger una lengua propia, tímidamente a veces otras con fuerza, pero es aún la excepción y no la generalidad. Voces nuevas como la de la nicaragüense Gioconda Belli que en su doble condición de mujer y revolucionaria amasa y perfecciona una lengua nacida al calor del combate contra un rostro jánico: el imperialismo y el machismo. Esta Safo de América como la llama Coronel Urtecho pone a su cuerpo en palabras: cuerpo gestante, menstruante, deseante, agonizante en el dolor de los compañeros caídos, gozante en el íntimo orgasmo y en el público júbilo del triunfo popular. Lo privado se torna político, lo político se vuelve privado: “Aún no sé muy bien quién es esta nueva mujer que soy —como no se conoce la ciudad después del cataclismo, perdidos los puntos de referencia de tal o cual edificio—. Conozco que estoy fallada como una telaraña geológica llena de ranuras por donde brotan perennes pasados cuyos sismos no puedo medir con ningún osciloscopio premeditado”. Así es nuestra Gioconda latinoamericana, “dura y frágil, dispuesta para el nuevo, indiscifrable mañana”. En esta acelerada metamorfosis comienzan a valorarse ciertos géneros literarios como las entrevis-

tas y los diarios íntimos. Las mujeres interlocutoras de otras mujeres descubren el diálogo como una poética de posibilidades múltiples. Horizontalización de la oralidad y la escritura para que emerja el texto coral como es el caso del encuentro de la poeta Margaret Randall y mujeres combatientes de Nicaragua cuyas voces nos serían todavía inaudibles de no haber mediado la “huella”, el libro, punto de re-unión de múltiples rostros.

La coralidad de “Todas estamos despiertas” se adelgaza en dúo en el libro “Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia”, donde Elizabeth Burgos, etnóloga, logra convertirse en solo una oreja atenta y amorosa que registrará la vida, pasión y muerte de esta india quiché que integra el frente de liberación guatemalteco. “Mi causa, dice Rigoberta, no ha nacido de algo bueno, ha nacido de algo malo, de algo amargo”. Somos todas Rigoberta. Como ella tuvimos que aprender la lengua del opresor para utilizarla contra él. Como ella sabemos que nuestra causa es buena porque es justa, aunque haya nacido de lo amargo y de lo malo. Como ella buscamos una patria liberada de los códigos patriarcales. Como ella nos afirmamos en nuestra etnia, la etnia de las mujeres, no superiores, no inferiores, no iguales, sino distintas a los hombres con quienes totalizaremos y enriqueceremos lo humano desde nuestra especificidad.